

# EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 10 Agosto 1916.

Número 32.

## CRIMEN EN LA IGLESIA DE LOGROSÁN

### CARTA RECIBIDA

LOGROSAN, 30, VII, 916.

Sr. Director de EL MOTÍN

Muy señor mío: En el periódico de su dirección núm. 29 y correspondiente al día 27 de Julio, aparece en primera plana, un asqueroso y repugnante artículo ofensivo á dignas personalidades de la localidad, que son más serias y formales que el autor del referido artículo, y cuyo título es *Sobre lo de Logrosán. — Antes del crimen y después del crimen.*

Lo que en él se dice, es falso á todas luces, y el que llamándose caballero miente, es más vil que el último villano.

La Virgen no fué llevada en procesión por las autoridades, fué llevada en andas por cuatro sacerdotes ó curas ó berrendos como queráis llamarlos. El cura no vivió veinticuatro horas, sino doce, no se trasladó á su casa por prescripción facultativa.

Como estoy dispuesto, y conmigo otros vecinos de esta, de llevar al Tribunal al autor del difamante artículo, espero merecer de usted, me diga su nombre y apellidos.

Creo que á ello no se negará, y si tal hiciere, le denunciaré á usted como director y, por tanto, responsable de todo lo que se publique en EL MOTÍN.

Perdóneme estas molestias, pero hay cosas que no se pueden callar.

Suyo affmo. s. s. q. b. s. m.

AURELIO MARTIN MILLANES

Subdelegado de Medicina de Logrosán (Cáceres). y médico forense el día del suceso que fué el día 9, y no el día 11.

### RESPUESTA

Sr. D. Aurelio Martín Millanes

Logrosán.

Muy señor mío: Aunque el estilo de su carta debiera privarme del gusto de contestarle, la educación que por aquí se usa me ordena hacerlo. Para decirle:

Que en EL MOTÍN no se han utilizado más noticias, aunque se han recibido varias, respecto á los incidentes ocurridos después del crimen de Logrosán, que las publicadas en *El Noticiero* y *La Montaña* de Cáceres.

Que en este periódico se rectifican, cuando alguien lo pide, todas las noticias erróneas de los sucesos que no presencia alguno de sus redactores.

Que no alcanzamos por qué se toma como ofensa para las autoridades el decir que metieron en hombros en

la iglesia á la Virgen que habían llevado durante la procesión los sacerdotes.

Y que el que fueran doce solamente las horas que el desgraciado párroco vivió, no desvirtua las apreciaciones que en EL MOTÍN se hicieron.

He contestado á cuanto se sirve usted preguntarme. Si quiere hacer alguna rectificación más, no tiene sino indicármelo y será complacido.

Suyo affmo. s. s. q. b. s. m.

El Director,

PEDRO MAYORAL

3 Agosto 1916.

### El médico-forense

#### de Logrosán ante el crimen

El autor de estos artículos no es valiente de profesión, ni aficionado al deporte de pleitos judiciales. Cuando ambas cosas fuera, no provocaría á riña á ningún vecino de Logrosán, desde que el modelo oficial de la mansedumbre ha dado á sus ovejas el ejemplo de que estamos hablando, y que nos obliga á los extraños á decirnos: «Si el arcipreste acude á la iglesia con una pistola y dieciseis cartuchos, ¡cuántos cartuchos y pistolas llevarán sus feligreses para salir al encuentro de quien los provoque!...»

Y en materias de justicia... guarda, Pablo: mírate en el espejo del párroco alocado y enfurecido. Guarda, Pablo, y recuerda que *ad normam capituli totus componitur orbis*, que dijo aquél político: ó bien *si caput dolet, omnia membra dolent* que dijo el médico aquél.

El objeto de estos escritos, es otro, que un médico-forense comprenderá perfectamente. El párroco y coadjutor de Logrosán eran miembros de un organismo que se llama sociedad nacional, los cuales se influyen y son influidos mutuamente, y mutuamente son inficionados y pueden inficionarse.

Aquellos dos miembros han sido ya amputados y enterrados, pero el organismo á que pertenecieron, queda vivo y dolorido.

Un vecino de Logrosán describía este dolor, á raíz del crimen, en estos términos:

«Aún perdura en nosotros la tensión

galvánica de ese algo espeluznante que reproduce la fantasía con todos los colores grisáceos de la repugnancia, que nos aniquila, que nos anestesia, que Shopenhauer hubiera cantado en párrafos épicos, como una de tantas leyes inmutables de la mecánica humana, pero que nuestro intelecto rechaza, como absurdo inconcebible, que sólo puede caer bajo el aspecto de la anormalidad.»

Ese «nosotros», refiérese al autor del escrito y al vecindario de Logrosán, todo él espeluznado, aniquilado y anestesiado. Era la parte inmediata á los miembros amputados, unida á ellos por arterias, venas, nervios y toda clase de tejidos vivientes. Las familias, los parientes, los amigos, los subordinados, los devotos, las hijas de confesión, los favorecidos y aun los adversarios... La amputación deja lastimados y heridos muchos tejidos. El vacío que deja la operación, tardará mucho en llenarse. Aunque la ciencia oficial haga el ingerto de un nuevo párroco y de un nuevo coadjutor, la vida moral tardará mucho en adaptarse y entretenerse con los ingertos, y pasarán muchos años antes que vuelva á su normalidad la circulación sanguínea y la corriente sensitiva. Esto pasará en Logrosán. En toda la diócesis de Plasencia ocurrirá algo parecido, á proporción inversa de la distancia. Y en toda España...

Aquel corresponsal escribía sobre esto: «A estas horas el crimen de Logrosán habrá conmovido á toda España.»

¡Qué desencanto habrá tenido el autor!... Toda España oyó los disparos del párroco, como oyó el ruido de las campanas tocando á rosario. Toda España dijo: «Un coadjutor asesinado, un párroco suicida... Puede el baile continuar... Una simple gacetilla en la sección de sucesos, y nada más.»

¿No le dice nada al forense esta sensibilidad nacional? ¿No le serviría de signo de un grave estado patológico del alma española? Cuerpo que con tan violentas sacudidas y con tales botones de fuego no se conmueve ni estremece ¿no está comatoso ó amorrado?

Que no está muerto del todo, EL MOTÍN lo demuestra: él repercute como debe repercutir. El es el lóbulo cerebral de esta sensibilidad específica, y él ausculta y reacciona por necesidad fisiológica.



Se ha hablado del forense, del médico y de hechos propios de su facultad y autoridad. Los tres conceptos esos son de carácter nacional.

Tratamos de lo nuestro y no de lo ajeno.

Ni la autoridad es un señorío, ni la ciencia es un coto cerrado, ni la ley un misterio.

Como el forense tiene señalada en el suceso su misión y objeto, tiénelo la Prensa de fiscalizar á unos y otros en el ejercicio de sus profesiones.

Respecto de ellas, se han afirmado públicamente estos hechos por el corresponsal del *Noticiero de Cáceres* en Logrosán:

1.º «Al salir del templo á la calle, el coadjutor Juan Loro, loco y anodado por lo que acababa de presencias en la iglesia, se encontró con el médico D. Santiago Marín, de quien reclamó auxilio. EL MÉDICO NO SE ATREVIÓ A ENTRAR EN EL TEMPLO, y esperó al juez de Instrucción QUE YA VENÍA. A poco sonó una detonación.»

2.º El párroco, herido, falleció al día siguiente, habiendo resistido CATORCE Ó QUINCE HORAS DE AGONÍA HORRIBLE EN EL MISMO SITIO DEL SUICIDIO.

La frase «el juez de Instrucción *ya venía*», en buen castellano significa que iba ya como juez al lugar del crimen. Por tanto, tenía noticia de él, y eso sería por haberle alguien avisado.

Entre los primeros disparos que alarmaron á los que estaban fuera de la Iglesia, únicos que pudieron advertir el crimen, y la ida del juez, hubo de mediar buen espacio de tiempo. Alguno hubo de mediar entre el encuentro del coadjutor con el médico, y la ida del juez. Y ¡todavía no había sonado el último disparo, que el coadjutor y el médico pudieron ó no evitar!

La huida del coadjutor y el *no atrevimiento* del médico, son actos medidos por el *valor cívico*, del cual está visto, por ese relato, que no fueron héroes el uno ni el otro. Esto, y otras consideraciones que guardamos para mejor oportunidad, por lo que concierne al primer hecho.

En el segundo hecho entra en su plenitud de misión el médico y el forense, en sus funciones científicas que dependen de la ilustración científica, y en sus funciones legales de que hablan los arts. 347, 350, 352, 353, 355 y 356 de la ley de Enjuiciamiento criminal, sobre el tratamiento de lesionados y de autopsias, además de los concernientes á la calificación del estado mental.

En esta materia, el forense tiene excelente ocasión de lucir ante el público los grandes conocimientos médicos, quirúrgicos, neurópatas y médico-legales, explicando al público, si á bien lo tiene, lo que debe haber ya contado al tribunal, á saber: las altas razones científicas, si exis-

ten, que aconsejaron la inmovilidad del paciente (que para el médico no era un criminal despreciable, sino un enfermo venerable y sagrado), «en el mismo sitio del suicidio» según dice el corresponsal testigo: sitio que antes acababa de decir era «el pavimento, sobre un gran charco de sangre», donde vivió DOCE HORAS según certifica el forense, ó *catorce ó quince* según dijo el corresponsal.

Y á propósito de estos hechos, para el público y para la Prensa, el forense sólo puede intervenir para explicarnos por qué se ordenó la inmovilización del enfermo en aquel lugar de circunstancias psíquicamente detestables, como sitio el más adecuado para el tratamiento médico y quirúrgico de las heridas. Pues el vulgo, que no conoce los grandes arcanos de la ciencia, pero que ha sentido en el teatro el horror de la escena final de la tragedia *En el seno de la muerte*, cree que bastaría el condenar á un enfermo á tal tratamiento, para que le matase el horror si no le matasen las heridas.

¿Esas DOCE horas de agonía en aquel sitio, fueron prescriptas por error de diagnóstico, de pronóstico, ó de tratamiento? La ley no las prescribe: será prescripción de la conciencia médica. Y en esta conciencia pueden haber influido dos elementos opuestos: la ilustración científica y la turbación aquella pública de Logrosán, que el corresponsal citado al principio presenta como general en aquel vecindario consternado, y que pudo muy bien contagiar al médico, perturbando con la enfermedad pública del horror, la serenidad del ojo clínico.

Este es el fenómeno de interés para la nación, y el problema de patología social; fenómeno que nada tendría de injurioso para un médico que sabe no está sustraído á las leyes universales de sugestibilidad.

Por lo pronto hubo un médico que, requerido por el capellán, *no se atrevió á penetrar en el templo*, donde había un hombre herido, reclamando auxilio, por miedo al párroco furioso ó á otra causa ignorada.

Si en vez de huir el coadjutor y de retraerse el médico, hubiesen entrado resueltamente en el templo ¿habría sonado el disparo posterior?

Si el suicida que resistió *doce* horas en aquel sitio, hubiese sido trasladado, según expresamente prescribe la ley, á su casa ó el hospital, ¿no habrían influido en bien de su estado, poco ó mucho, el cambio de escenario?

Visto desde Madrid el sucinto relato de los corresponsales, única base de juicio que aducimos, ocurre sólo pensar que el templo en aquellas circunstancias no es el mejor lecho para un enfermo, ni la luz de la lámpara la mejor para la inspección, ni el agua bendita el mejor desinfectante, ni la

atmósfera la más saneada para la curación ni para la profilaxis, ni las operaciones quirúrgicas son las más adecuadas al lugar del culto. Antes bien ofrecen cierto carácter de *misa-negra*.

Estas anomalías aparentes, y de cierta contradicción con las leyes, tienen para el público una razón legal: la conciencia médica del facultativo que asistiera al enfermo y del forense que lo autorizara. Esta conciencia, á su vez, obedece á cálculos científicos particularísimos, sólo apreciables del individuo. No se trata de invadir ese fuero discrecional, en cuyo ejercicio pueden darse aciertos y desaciertos, ambos igualmente respetables.

Pero si el público ha de ser respetuoso con la conciencia del forense, debe no serlo menos éste con la conciencia pública, que afirma: «la agonía descrita por los corresponsales, es aterradora; es la nota más apenante de la cadena de sucesos horribles: verificóse por orden facultativa, y esto es más aterrador todavía: el público es justo en su anhelo de conocer la causa última de ese terror suyo.»

Desde el punto de mira de la ciencia médica, ocurre esta pregunta: «si el facultativo hubiese estimado desde el principio, la larga duración de aquella agonía ¿habría ordenado la inmovilidad del enfermo allí? En caso negativo, surge un error de diagnóstico ó de pronóstico; error en el cual pudo tomar parte el pánico general contagioso producido por el suceso.

Que un médico puede caer enfermo del contagio ¿cabe dudarlo? Pues, de esto se trata en el caso de Logrosán. La índole y extensión de esta enfermedad es lo que interesa á la nación.

Aquí tiene el subdelegado de Medicina de Logrosán un excelente programa de patología individual, colectiva y aun profesional. Y si quiere dar á la Ciencia un día bueno, tendrá en la carta del párroco y en los datos publicados, excelentes indicios para un dictamen médico-legal de alto ejemplo, definiendo el estado anormal furioso de un hombre normalmente morigerado y circunspecto. Origen y causas de la anomalía, las influencias sugestivas, sean quiénes sean, si los hay, los autores voluntarios de la sugestión; responsabilidad legal de éstos ante el Código penal, por analogía con los provocadores y causantes de la locura y de la inconsciencia: buen estudio que podrá dedicar á los doctores Vera, Sánchez Ocaña, Simarro, Salillas, Dorado Montero, ó si quiere á los doctores Currioles, Duzet, Lombroso y Binet, y que seguramente vendrán desde sus sepulcros á autorizar y firmar el Dr. Pedro Mata. Laennek y el propio Zacchías.



## LA FRANCIA ATEA

He aquí lo que ha dispuesto esa nación, dejada de la mano de Dios, para atender á los inválidos de la guerra promovida por un emperador muy religioso que se dice el brazo derecho de Dios:

«Los mutilados que salvan la convalecencia forman cinco principales grupos: amputados, sordo-mudos, ciegos, tuberculosos y deformados en la cara. La renta que les concede el Estado puede consistir en una «pensión fija», si la mutilación es definitiva, ó en «gratificaciones renovables» si es curable. En ambos casos, se avalúa la disminución de facultades conforme á un tanto por ciento previsto por reglamentos. La pérdida del pulgar es estimada en 30 por 100; la de la mano, en 70 por 100; la desarticulación de la cadera, en 80 por 100; la ceguera, en 100 por 100. En el capítulo de gratificaciones renovables, la pérdida de los dientes cuenta por 20 por 100; la sordera, en 50 por 100; las enfermedades del corazón, de origen traumático, de 60 á 100 por 100; las hernias, de 10 á 30 por 100; el paludismo, de 50 á 60 por 100, etc. Lo importante para los socorridos es que tal pensión ó gratificación no les impide en lo menor los beneficios que obtengan por cualquier empleo ú ocupación que obtengan; antes bien, como dijimos, procúraseles tales destinos.

Los «heridos de tuberculosis» han sido objeto de toda una serie de medidas radicales y eficacísimas, iniciadas por la «Comisión permanente de la tuberculosis», que preside M. Burgeois. El crédito de tres millones de francos abierto por el Estado y aumentado por otros de ciudades ó departamentos, ha permitido organizar cerca de 30 *sanatoria*, cuyas excelentes instalaciones pueden apreciarse en las de Cambó y Pau, las más vecinas á España.

En cada establecimiento hay 2.000 plazas, por lo que, contando con una estancia hasta de tres meses, puede calcularse anualmente en 8.000 el número de individuos que atiende un *sanatorium*. Fuera de las *sanatoria* se ha creado además la «Obra de enfermeras visitantes», que socorren á los tuberculosos á domicilio, y los «Monitores de higiene», que aconsejan y cuidan á los que han salido de las *sanatoria* hasta su curación definitiva.

A éstos y otros enfermos, después de recobrar fuerza y salud, se les busca empleos al aire libre. A los mutilados en la cara, en cambio, se les proporciona ocupaciones á domicilio, después asimismo de procurarles un aspecto físico normal, principalmente en el «centro de prótesis dental y facial de la región IS<sup>a</sup>», donde se han realizado prodigios de cirugía. Los sordo-mudos, por su parte, son curados en la clínica del profesor Moure, y en cuanto á los ciegos, ya saben los lectores de *El Mundo*, por uno de sus correspondientes, cómo se les atiende y se les dota de profesiones adecuadas: cestería, pasamanería, tonelería, masaje, música, canto

La gran «reeducación profesional» corresponde á los amputados. Esta reeducación comprende tres etapas: la funcional ó anatómica, la protética y la profesional. Es decir, que después de examinar con instrumentos especiales los órganos del convaleciente y devolverle el equilibrio mental y físico posibles, por

medio de alfombras graduadas, bolas de colores, dinamómetros, aparatos de gimnasia, se dota al mutilado de órganos ortopédicos que suplan los miembros suprimidos ó funciones atrofiadas. Los aparatos protéticos, que pueden ser «artísticos» ó profesionales, son fabricados administrativamente por unos cuantos de los mismos mutilados. Y así «armado», el inútil aprende la profesión que le resulta más adecuada, según sus aptitudes, sus gustos, la región donde debe radicarse y los beneficios que tal profesión procura.

Una Exposición que se ha inaugurado en el bello Museo Galliera de París, muestra los notables resultados obtenidos por esa reeducación que apenas cuenta con seis meses de positivo ejercicio. Desde luego pueden contarse por centenares los Centros de reeducación oficiales, semi-oficiales privados y aun extranjeros, como el *Instituto americano*, de Mr. Holt. Un folleto ilustrado, *Guía para el uso de los mutilados y atrofiados de la guerra*, da la lista de esos Centros por departamentos, de las profesiones industriales, comerciales, agrícolas, artísticas y pedagógicas enseñadas en cada Centro, de la duración de cada aprendizaje (dos ó cuatro meses), y del salario ó sueldo que procura (4 á 15 francos diarios.)

Y en cuanto á los productos así obtenidos son sorprendentes, por su variedad, su calidad y su aspecto estético. Contrariamente á lo que pudiera creerse, los objetos de mutilados expuestos en el Museo Galliera, no tienen nada de pasible, de ingenuo ó de inconcluso; no son obras de «aficionados», tampoco lo son de «ineptos».

Juguetes—especialmente de madera recortada—, joyas, tejidos, bordados, tapices, vidrios, piezas mecánicas, muebles, cuadros, estatuas, composiciones musicales, impresos, etc., etc., todo ofrece un carácter industrial, rendible á precios corrientes. El Museo Galliera ofrece ahora una curiosísima lección de cosas, donde también se notan algunas «novedades». Y si á las simpatías naturales de que disfruta en el público los mutilados, se agrega la utilidad de sus productos, se comprende la gran afluencia de compradores y la animación extraordinaria que llena ese Museo. En el fondo, sin embargo, lo que debe notarse al visitarlo es que en esta guerra se ha resuelto, por la primera vez, un problema difícilísimo: *Ya no hay inválidos.*»

## LA ESPAÑA CATÓLICA

He aquí cómo son tratados los que caen en la lucha por la vida, en la misma población que acaba de conmoverse hondamente ante la posibilidad de que hubiera podido quemarse una imagen de madera (supongo que lo es) que posee millones en joyas:

La Prensa ha dado cuenta de este hecho ocurrido en Granada en las pasadas fiestas.

Un hombre de treinta y tres años cayó gravemente enfermo en la puerta Real. Conducido en una camilla al Hospital de San Juan de Dios, se negaron á recibirlo. En el de San Lázaro fué rechazado también y cuando los guardias se disponían á echarlo en la camilla, se resistió, y amenazó con

arrojarse bajo las ruedas del tranvía. Entonces los guardias determinaron llevarle arrestado.

El periódico que refiere el hecho, añade que una mujer enferma á quien se rechazó del *benéfico* hospital, al regresar por los jardines del Triunfo cayó desvanecida en un banco, muriendo poco momentos después.

«¿Y no hay, pregunta, una acción popular que grite airadamente y se revuelva contra estos mangoneadores y directores políticos de la localidad, que despilfarran los fondos públicos sin respeto alguno; y sin que nadie los acuse y los señale para siempre?»

La nación atea, humanitaria...

La nación católica, cruel...

Ambas hacen honor á lo que son, y están dentro de su papel respectivo

## El hábito no hace al monje

En una joyería establecida en el centro de Bilbao, se presentó un individuo vestido de fraile, y, mostrando una tarjeta del prior, pidió en nombre de la Comunidad varios relojes de oro y diferentes alhajas, que le fueron facilitadas con la nota de precios.

El joyero, con gran amabilidad, colocó las alhajas elegidas en sus correspondientes estuches, haciendo con todas ellas un paquetito, que entregó al fraile.

Al poco rato, mandó al convento á uno de sus dependientes con la factura, importante unas 1.000 pesetas.

El superior se quedó perplejo, apresurándose á contestar que en el convento no existía semejante fraile, ni se habían hecho los encargos cuyo valor se reclamaba.

Enterado el joyero, puso el hecho en conocimiento de la policía.

A la misma hora se presentaba otro supuesto fraile en una joyería del Ensanche, pero aquí la argucia fracasó. Elegidas las alhajas, cuyo valor ascendía á unas 4.000 pesetas, el joyero no permitió que el fraile se molestara llevando en la mano la compra, y prometió enviarlas inmediatamente, como así lo hizo, quedando el portador sorprendido cuando le dijeron que el fraile por quien preguntaba no pertenecía á la Comunidad.

Se sabe que, además de estos joyeros, han sido timados otros varios, ignorándose á cuánto ascienden las joyas desaparecidas.

La policía, desde que tuvo noticia de los timos, no se da punto de reposo y trabaja activamente por atrapar á los timadores.

Estaba pensando el comentario que iba á ponerle á esa noticia, que no deja de hacerme gracia, cuando abro *La Barredora*, y me encuentro con uno superior. Este:

«A la cama no te irás, sin saber una cosa más.



Hasta ahora, á pesar de los años que tengo encima, no había yo caído en la cuenta de que el hábito de fraile pudiera ser precioso talismán para apoderarse de lo ajeno.

He leído, sí, muchas veces que algunos frailes de verdad se han apoderado de inmensas fortunas; pero nunca pude creer que el hábito fraileesco llegaría á ser utilizado con venraja por los timadores de oficio.

Cojo *El Noticiero* en mis manos, y lo primero que me tiro á la cara es este título:

«Joyereros timados. Los timadores usan hábitos de fraile.»

No quise leer más. Corrí á casa, y dije á mi compañera de fatigas:

—Prepara un palo gordo, y al primer fraile que llame á la puerta para pedirte alguna cosa, le endiñas en el melón, para que no zanguée.

No tendría más pesares en este mundo cochino, que con hábito de fraile me la pegaran, le primo.

Como se ve, el comentario es de perlas; por esto no le añado una línea.

Unicamente he de manifestar que voy á consagrarme durante unas cuantas horas á estudiar cuáles son más perjudiciales á la sociedad, si los frailes auténticos ó los falsificados.

## De Re Periodística

Este es un país delicioso. Raro es el funcionario que cumple con su deber; contada la ley que se aplica en justicia; más contada aún la inmoralidad que deja de cometerse.

Y, sin embargo, sólo suelen ir á la cárcel los torpes en robar ó los que roban poco.

Respecto á otros delitos ocurre lo propio: es preciso llegar á las fronteras del crimen, para que los jueces intervengan.

Solamente hay una clase que por excepción escapa á los rigores de la ley, y menos mal cuando no se vuelve en contra suya: la clase periodística.

Con el pretexto más leve se procesa á uno de sus individuos, se le encarcela, se le niega á lo mejor la fianza que sirve para poner á las cuarenta y ocho horas en libertad á carteristas, enterradores y demás socios del hampa social, y se le tiene en prisión preventiva meses y meses, como le ocurre á Fernando Pintado, preso desde Marzo en la cárcel de Barcelona.

Hace pocos días ha sido procesado por delito de imprenta en Alcañiz otro periodista, Augusto Lagunas, y metido en la cárcel, como es consiguiente.

¿No habría medio de recabar del gobierno actual, con el que tan complaciente se ha mostrado hace pocos días la Prensa, que tomase las medidas necesarias para evitar que los periodistas sufriesen prisión preventiva?

¿Que de ese modo se sustraerían algunos á la pena que pudiera más tarde alcanzarles, marchándose al extranjero?

Es posible, y no sería yo quien enviara al que lo hiciese: en el pecado llevaría la penitencia.

Sin poder dedicarse allí á su profesión, careciendo de fortuna, y abandonado como es costumbre por sus correligionarios, es casi seguro que muchos retornarían voluntariamente al poco tiempo, prefiriendo, como el socialista Blanqui, el presidio en su patria, á la libertad fuera.

Y aunque no volviese ¿qué importaría que un delincuente de esa clase se sustrajera á los rigores de una ley absurda, en un país donde hay tantos criminales con quien no rezan las más justas y necesarias para mantener el orden en toda sociedad bien constituida?

La Prensa diaria debería tratar con extensión este tema.

## PÓNGASE EN CLARO

Dícenme que en el informe dado al Gobierno por los ingenieros forestales de la provincia de Pontevedra consta que en los terrenos del Estado no hay ni un sólo árbol.

Naturalmente. Si es cierto lo que se dice de que en los tres años últimos se han cortado pinos por valor de más de setenta mil pesetas en esos terrenos ¿qué árboles va á haber? Y si acaso hay algunos, seguramente no serán pinos.

Afirmase que el guarda de campo de Rosal ha hecho llegar algo de esto á oídos del actual ministro de Fomento, y que este no ha dicho hasta ahora: «esta boca es mía.»

Me lo explico: hasta que no haya agua para regarlos, ¿qué necesidad hay de que mueran de sed los pobrecitos? Es preferible que los despenen de un hachazo.

Sin embargo, yo confío en que todavía se preocupe de averiguar quién ha dispuesto que se corten y el camino que han llevado esas pesetas. Lo que en el público de aquella provincia es curiosidad, en el ministro es un deber.

## Cine clerical

### Cosas de San Antonio

—Vengo muerta... ¡Qué calor!

—*Asiéntese* usted en esta silla baja... ¿Quiere usted tomar algo?

—Un poco de agua fresca.

—Vaya, oro molido que pidiera usted... Se la daré del botijo, que es de las Capuchinás y parece una horchata.

—Gracias, hija... Sí, está fresquísima.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues, hija, que todo es cierto:

están en aquella casa que se les puede ahogar con un pelo. ¡Pobre Basilisa!

—Vamos, no puedo meterme en la cabeza cómo ha podido ser eso... Una chica tan sentada como la Emilia...

—Pues, hija, á lo hecho, pecho... La cosa ya no tiene remedio. No, lo que es á mí todas esas cofradías de jovencitos de ambos sexos, siempre me hace muy mala espina... Si no puede ser de otra manera: excursiones, merendonas, peregrinaciones, y todos revueltos; vamos, que de ahí no puede salir nada bueno. Así ha tenido de éxito esa juventud mística.

¡Y poner á San Antonio por tapadera!

—Sí, cosas de los frailes franciscanos, que quieren jugar á los jesuitas y birlarles las chicas y los jóvenes. ¿No hay Gonzagas? Pues también puede haber *antonianos*.

Sí, cuando yo vi que se metía en ellos el hijo de la seña Eufasia, dije: aquí se pesca algo.

—Pues, claro, tonta. Vamos á ver: ¿usted cree que todos esos tagarotes se meterían en estos belenes de misas y comuniones, si no fuera por el lamín de las chicas?... Vamos, eso que se lo cuenten á otra.

—Y ellas lo mismo: van al olor de los chavales: á ver si se pesca novio. Por supuesto, que lo de la Emilia parará en boda.

—En boda, no sé; pero lo que es en la Maternidad, de seguro... No se sabe dónde están; el golfo de él creo que había *apandao* á su tío mil pesetas.

—Pero, ¿qué dice el fresco del padre Cahuete?

—¡Ah, nada! Dice que eso es inevitable; que él no puede impedir que dos jóvenes de la cofradía se entiendan, y hagan una locura. ¿Sabe usted lo que le dijo á la Basilisa cuando ella llorando le decía que él tenía la culpa de la perdición de su hija?

¡Qué sé yo! Cualquiera majadería ó pamplina de religión.

—¿Sí? Pues le dijo muy fresco, y con un aire que parecía un chulo de Lavapiés, que él no iba á tener puesta una mano en la... pretina del chico y otra en el... delantal de la chica para que no hicieran un disparate.

—¡Ja! ¡Ja! Vaya un fraile fresco...

—Pues lo que usted oye... Vamos, si había para apalearle.

—¿Y qué ha dicho la santurrón de doña Eufasia cuando ha sabido el lance?

Pues fruncir el morro y decir: «cosas de San Antonio».

—Otra que tal... Le digo á usted que...

—¡Qué mundo, hija, qué mundo!

FRAY GERUNDIO

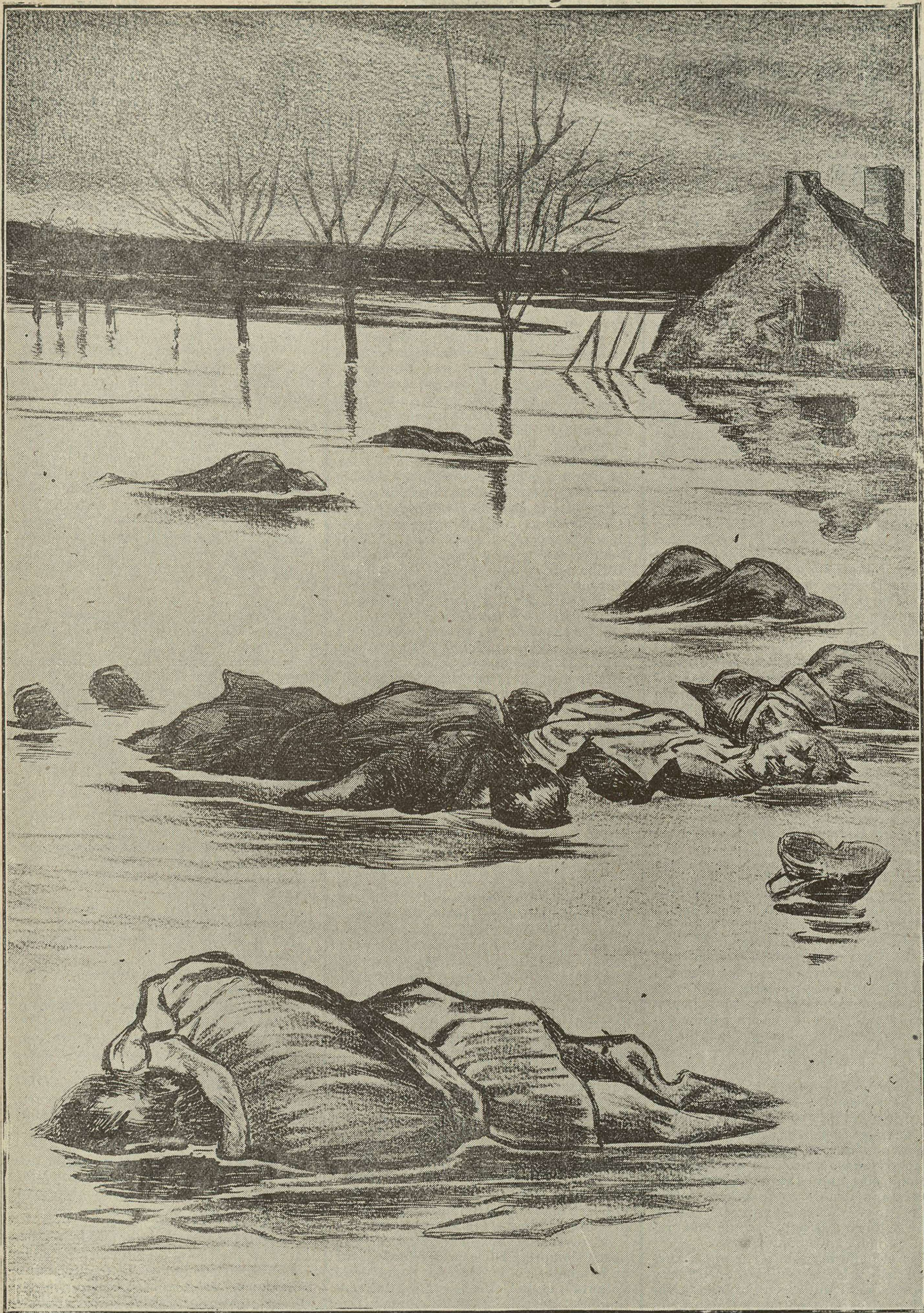
## Virtudes del clero

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta



# EL ISER



## EL CAMINO DE CALAIS

(Raemaekers.)

Ayuntamiento de Madrid



## "El que fué cura, lo es"

Esto dicen que dijo Víctor Hugo. Pudo muy bien decirlo, pues era vieja la idea cuando nació D. Víctor. Pudo aprenderla de la Santa Madre Iglesia, que dice: «el sacerdocio es indeleble... como el bautismo», como el carácter de tuerto para el que perdió un ojo, ó el del manco á quien cortaron un brazo. La castración imprime igual carácter: eunuco para siempre.

No sólo las mutilaciones y deformaciones físicas imprimen carácter. Imprimenlo también las deformaciones y mutilaciones morales. «El joven vicioso llevará á la vejez sus vicios» dijo Salomón. Todas las profesiones imprimen su *carácter* correspondiente: todos los hábitos inveterados; todos los ejercicios prolongados.

Y así, puede decirse: «quien fué zapatero, zapatero será, aunque no quiera.» Antes que Víctor Hugo lo dijera del cura, y antes que Salomón lo dijera de la moralidad de la juventud en general, habíalo dicho el vulgo, de todas las especies animales en esta sentencia: «la cabra tira al monte.»

El Sr. Nakens ha reproducido recientemente la frase de Víctor Hugo, para tirarme de la lengua. Pero si hubiese de comentarla cada vez que la oigo á mi derredor, habría de pasarme la vida en tal empleo. El día 6 de Junio me lo dijo el fiscal del Tribunal Supremo, no citando á Víctor Hugo precisamente; sino citando al Concilio de Trento, al *pueblo español* y al Código civil vigente. Ya se ve: izquierdas y derechas están de común acuerdo en este dogma. Y aun lo están en la utilidad de su invocación, á saber, para fastidiar «al que fué cura»: pues si los católicos le recuerdan el «carácter indeleble» para poderlo arrastrar «como cosa suya», los otros se le reprochan para poderle arrojar «como cosa ajena».

Y así, al que «fué cura» y se empeña en no serlo, no le queda más remedio que irse á vivir entre lobos en las selvas ó entre tiburones en el abismo de los mares. Solo allí encontrará á los tiburones y á los lobos reconociéndole como «hombre» para devorarlo. Lo mismo que le ocurría en la ciudad con los hombres hermanos que para poderle devorar le llamaban «cura». Como los curas llaman «lego» á su hermano-hombre para devorar como «lego» al que como hombre no podrían devorar honestamente.

La teoría de la Iglesia es algo más radical, y quizás no del todo fuera de sentido. No se limita á decir «el que fué, lo será siempre». Añade más: «hasta la cuarta generación» por arriba, por abajo y por todos lados. No sólo se es lo que fué el linaje, sino que se es lo que es la raza. «Raza de judíos... raza de moros...» dice ella y diría Víctor Hugo: «De sangre azul» se llama á la nobleza; «de mala ralea», se llama á los contrarios.

Y ni al judío le basta tener en su linaje á Cristo, á María Santísima, á David y á Moisés, para que el vulgo deje de ver en él al «Isariote pérfido y traidor»; ni al «noble de abolengo» le estorba el haber visto á sus antepasados colgados de la horca.

Parece, pues, que las cosas «imprimen un carácter» bastante convencional y no del todo ajustado á la realidad.

Sobre este mismo tema propuse discusión hará cosa de siete años, con nuestro antiguo amigo Sr. Ferrándiz, rabioso partidario de la teoría de Víctor Hugo. El estudio que hice era bastante completo; pero se ve que fué inútil para borrar la frase ó para desvirtuar su crédito.

No voy á reproducir lo dicho entonces. Los acontecimientos me han dado, con respecto á nuestro amigo, la razón más de lo que pretendía y antes de lo que temía. Bastará una ligera síntesis.

El cura, mejor dicho, el «clérigo», es decir, «el sacerdote rentista», privilegiado, ungido social, crismado; que esto es en rigor etimológico y filosófico, es más un *estado de ánimo* que una etiqueta social. Es el «hombre-Dios», sin Rey ni Roque, dueño universal, para quien toda reverencia es poca y toda irrespetuosidad es criminal; lleno de derechos y exento de deberes; endiosado, ó bien, según decía Mir tomando en doble sentido la frase «el hombre espiritual que juzga á todos y no está sujeto al juicio de nadie.»

Este *ánimo*, cuando el individuo acierta á colarse en la Iglesia y recibe el complemento oficial y la sanción pública, produce el *clérigo perfecto*: hombre imposible é inaguantable, ídolo de sí mismo y tirano de cuantos le rodean: siéntese «dios»; pero un dios quisquilloso, misérrimo, irritable y tremendo.

Mas si se queda en el mundo seglar, ese *ánimo del clérigo* produce el *clerical*, tan imposible como el otro, y más pedante, fátuo y despótico, verdadero energúmeno de los demás y de sí mismo.

Dígame ahora el lector, si hay más clérigos dentro del clero ó fuera del clero. Yo conozco muchos de sotana, para quienes la sotana y la excepción es hoga ignominiosa y suplicio de cautivos. Conozco, en cambio, á muchos seglares que darían una mano por vestir la sotana y sentiríanse felices muriendo al ejercer de Preste en una solemnidad cultural.

¿De dónde procede este *ánimo clerical*, que á veces vive dentro de la sotana y á veces fuera de ella? ¿Qué sé yo! Si cabe la herencia moral en este punto, podríamos suponer que el que jamás fué cura oficialmente, había nacido clérigo ya, y debe traer el *ánimo* heredado de su padre, de su abuelo ó de su tatarabuelo. Pues ¡ay! en España muchos pueden decir «yo he sido clérigo»; pero nadie puede decir, «mi abuelo no lo fué». Fueron siempre tan devotas las mujeres españolas y tan indevotos los clérigos!...

En orden á la mística, ocurre una mayor irregularidad, que ya describí antaño. El *clérigo* aquí descrito, no es religioso en el rigor de la palabra; es propiamente el «impío» de la Biblia: el que está saturado de la fruta aquella maldita brindada por el diablo: «seréis iguales á Dios», ó mejor dicho, «seréis los dioses de la tierra». Es el *dueño de Dios* el que lo posee entero y verdadero, sin consentir duda ni admitir réplica.

Al revés del hombre religioso, que busca siempre á Dios en la Verdad, luz de la mente; en la Justicia, llama de la voluntad; en la Belleza, éxtasis del sentimiento. Búscalo con afán, sabiendo que no ha de encontrarlo, sin ansias de poseerlo, y sólo ambicioso de adorarlo, poniendo su *posesión* en su servicio.

El religioso es el espíritu que *asciende* á Dios por el camino del trabajo y del sacrificio. El *clérigo* es el que *desciende* de El, en el carro triunfal de la comodidad y la tiranía.

El uno *practica* modestamente, el otro *predica* desaforadamente.

El uno *sirve á Dios*, el otro *se sirve de Dios*.

La convivencia de ambos en el misterioso sero de la Iglesia, y la *comunión*, ó mejor dicho, confusión, de ambos espíritus, ha producido esas dos corrientes contrarias de la Historia eclesiástica. El religioso, ha producido esos bellos seres llamados Vicente de Paul y Francisco de Asís, apóstoles y mártires. El clérigo ha producido esos monstruosos seres llamados Torquemada y Borja. Los unos traen el cielo del amor á la tierra, con su vida de sacrificio heroico. Los otros traen el odio infernal con su tiranía satánica.

Entre el Vicente de Paul y Torquemada, extremos polares de la esfera eclesiástica, hay gradaciones innumerables, todas revueltas en la misma confusión y algarabía. Cuando el *clérigo* es acusado por su maldad, se esconde detrás del religioso, diciendo: *somos unos*. Sin inconveniente de que si el religioso sacude la compañía, el clerical le acusa de hereje y cismático y le quema en la hoguera, si puede.

Dicho esto, volvamos á la frase de Víctor Hugo: «El que fué cura lo será siempre.»

Distingamos: hay curas que jamás lo fueron: ellos entraron en la Iglesia, pero la Iglesia no entró en ellos. Hay quienes no lo fueron jamás por fuera, y lo fueron siempre por dentro; no entraron en la Iglesia, porque la llevan metida en la masa de la sangre. Unos rabian por no poderse deshacer; otros rabian por no poder serlo.

Al iniciado en estas ideas, le será fácil sacar estas otras deducciones:

- 1.º El *clérigo* (*ut sic*) es producto eclesiástico, pero no del cristianismo.
- 2.º Es industrial de la religión, pero no religioso.
- 3.º Vive de Dios y Dios vive en él, pero él no vive en Dios.
- 4.º Cuida de parecer religioso sin cuidarse de serlo.

Al revés del creyente sincero.

En cuanto á mí, la frase y su imperio general, me deja sin frío ni calor. He aprendido á vivir según mis creencias, bastante indiferente (quizás demasiado) á las ajenas.

Sudderman explicó el carácter indeleble del presidio en su drama *Piedra entre piedras*. Ya Marcel Prevost había descrito la *huella* de la secta en el espíritu del jesuita.

¿Qué le vamos á hacer! Si algún día «un cura deja de serlo», la frase de Víctor Hugo le saldrá continuamente á su paso, diciéndole:

—Lo seas... lo seas... lo seas...

El podrá olvidarlo: el vulgo no lo olvida. Y si no rabia espontáneamente, le harán rabiar por fuerza. Esto prueba que el vulgo es un inmenso *clérigo con carácter indeleble*. Necesitanse muchos siglos para purgarle de la sangre heredada.



—¿Que la frase es molesta?...

—¡Natural! Como la sogá en la casa del ahorcado. Como que para esto sirven exclusivamente. Con ella la Iglesia intenta deshonrarme; con ella el Estado intenta descasarme; con ella, los sedicentes «redentos», confirman el fallo del Estado y de la Iglesia.

Pero ¿acaso el jiboso pondrá mesa en la plaza, para intentar convencer al público de que la chepa es una perfección admirable? ¿Acaso el hospiciano librará batalla para convencer al público de ser hijo de buena madre?...

Después de mil años de empresa, el público seguiría en sus trece, y aún añadiría:

—No sólo jiboso y hospiciano, sino que además locos de remate.

¿Me cuelgan el sambenito? ¿No hay manera de soltarlo?—¿Qué hacerle!

Aguantarse, hospicianos, jibosos, licenciados de presidio, clérigos dimisionarios y demás consortes: si no fuese el mundo tan bruto como es ¿habría acaso hospicianos, ni jorobados, ni presidiarios, ni clérigos? El hace las jorobas y luego las ríe.

La joroba y la sotana, además, están en el concepto del vulgo reputadas como buena-sombra. Como el clérigo será siempre clérigo, aunque intente lo contrario, el vulgo será siempre vulgo, aunque se vista de sabio.

P. O.

## DE EXCURSIÓN

—Vea usted el panorama. Estamos en lo más elevado del pueblo.

—¿...?

—Es una turbina para elevar el agua del pozo.

—Yo diría que ese palo de dos metros amarrado al baloncillo, no sirve para sacar agua, ni es cosa de turbinas... Es chocante. ¿Es un aislador lo que tiene en el extremo? ¿No hay un alambre atado? ¿A dónde va á parar al hilo?... Ya, á aquella casa, á treinta metros de distancia... ¡Toma! ¿Pues no es otro palo parecido y con aislador? Por allá puntea en el edificio. Un nuevo sistema de pararrayos seguramente.

—Nunca oí hablar en Camposancos de tal invento. Otra cosa nueva.

—¿Otra cosa?... Como no sea un aparato de radiotelegrafía... Pero ¿qué objeto tendría aquí?... ¿Quién habita la casa?

—Un señor médico.

—¡Ya! Se dará al estudio de problemas científicos.

—Es muy buena persona.

Esto no impide para que sea muy estudioso.

—Y muy piadoso además.

—¡Ya! En tal caso el aparato sería para telegrafiar á los santos.

—Es el médico de los Padres jesuitas.

—Ni una palabra más. No quiero saber más. De fijo que los jesuitas, si es cosa de ellos, utilizan la estación telegráfica para servicio de Dios y de los aliados.

—De los alemanes, dirá usted.

—Digo y repito de los aliados, ó mejor dicho, para mayor neutralidad...  
Pontevedra 1.º Agosto.

## A CHORROS

Bajo un sol de mediodía que achicharra, funde y tuesta, los morrales á la espalda, las hoces en bandolera, van siguiendo el polvoriento camino de Canillejas cuadrillas de segadores que habrán de regar la tierra con su sudor, obedientes á la maldición eterna que da pan al que trabaja y gallinas al que huelga. En procesión incesante los grupos pasan, se alejan, y en las colinas peladas se pierden en manchas negras. Vienen del Norte, bajando de las empinadas sierras con sus sombreros de paja y sus zuecos de madera, y así cruzan por la corte, sirviendo de escarnio y befa, silenciosos, tristes, lacios, con sus guñapos á cuestras. De pronto invade el camino la multitud vocinglera que va acudiendo á la plaza en oleadas inmensas. Fustas, pitos, cascabeles restallan, silban y suenan, los caballos se desbocan, los carruajes se atropellan y avanza la muchedumbre de loco entusiasmo ébria, con el ansia de los goces que brinda una tarde espléndida. Entre aquel torrente humano, perdida, confusa, envuelta la cuadrilla, avanza siempre desmenuzada y deshecha, pero ya sus puntos tristes al conjunto alegre mezcla, aumentando el contingente de devotos de la gresca. Luego, cuando el sol se oculta, la multitud se dispersa entre el incesante estrépito de trallas, pitos y ruedas... Y poco á poco, allá lejos, por plazas y callejuelas se va extinguendo en rumores el estruendo de la fiesta. La ancha avenida del circo triste y solitaria queda, y solos, como fantasmas que surgen en las tinieblas, van siguiendo el polvoriento camino de Canillejas, los morrales á la espalda, las hoces en bandolera, los infelices obreros que van á regar la tierra con el sudor de sus frentes marcadas por la miseria...

SINESIO DELGADO

## Justicia distributiva

X\*\*, tendero de comestibles, comparece ante el Tribunal correccional por haber despachado géneros alimenticios adulterados.

*Presidente.*—X\*\*: El revisor ha comprobado que vuestro chocolate es un compuesto al que sobra tanto óxido de mercurio y tierra roja como le falta soconusco.

X\*\*.—Sí, señor presidente.

*Presidente.*—Vuestro café está fabricado con hígado de caballo asado al horno, polvo de madera de coaba y caramelo; vuestras lentejas las conserváis con sulfato de cobre; vuestra manteca no es más que grasa colorada con plomo; y en cuanto á la cerveza, es una mezcla de belladona, cabezas de adormidera, datura de estramonio y ácido pírico. ¿Es exacto todo eso?

X\*\*.—Exacto.

*Presidente.*—¿Ignoráis que esos venenos son, en su mayor parte, por extremo violentos?

X\*\*.—¡Diablo! ¡Ya lo creo! La cerveza sobre todo. Yo no bebería ni un vaso de la que vendo por todo el oro del mundo.

*Presidente.*—¿De modo que habéis obrado con premeditación y conocimiento de causa? (X\*\* se retuerce el bigote socarronamente). ¿Qué tenéis que alegar en defensa vuestra?

X\*\* (con arrogancia).—Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho á poner trabas á los negocios, que ya van demasiado mal.

A pesar de esta elocuente defensa, el Tribunal, usando de su severidad acostumbrada, condena á X\*\* á cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

El Tribunal procede seguidamente al interrogatorio de un malhechor acusado de envenenamiento.

*Presidente.*—¿Entonces confesáis haber disuelto una caja de cerillas en la sopa de la viuda Brunot?

*Acusado.* Media caja nada más.

*Presidente.*—¡Sea! Gracias á un concurso de circunstancias, que yo calificaría de providenciales, vuestra infortunada víctima ha escapado á la muerte; pero la intención criminal y la premeditación estaban manifiestas. ¿Tenéis algo que alegar?

*Acusado.* Únicamente que estoy dispuesto á pagar la patente.

*Presidente.*—¿Qué patente?

*Acusado.*—Una patente de tendero de comestibles, vinatero, pescadero... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente mueve la cabeza.) De ese modo, se me castigará con cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

*Presidente.*—Acusado, no agravéis vuestra situación con bromas de mal gusto.



El Tribunal, estimando los buenos antecedentes del acusado, le condena nada más que á veinte años de trabajos forzados.

*Acusado (filosofando en su prisión).*

Tratad de envenenar á una sola persona, y se os condenará á veinte años... Envenenad mil y se os multará en cincuenta francos... Diez mil, y se os condecorará... «Para tener éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande.»

MIGUEL THIVARS

## Invocación de una beata

¡Qué estrecho es el camino del cielo y qué ancho el del infierno!

¡Y luego, el purgatorio para los pecadores de menor cuantía!

¡Y después, el limbo para los que no pudieron pecar, para los pobres niños!

¡Dios mío! Tú, que eres omnipotente, ¿por qué no haces que los hombres sean perfectos?

Tú, que eres justo, ¿por qué les condenas á padecimientos eternos por faltas de un momento?

Tú, que eres misericordioso, ¿por qué no te compadece de sus miserias?

La tierra es un valle de lágrimas, ¿por qué no haces que sea un valle de delicias, puesto que eres omnipotente, justo, misericordioso y padre de los hombres?

Si los hombres son tus hijos, ¿por qué no les tratas cuando menos, como el león, como el tigre, como la pantera, como la miserable hormiga tratan á sus hijuelos?

Dice mi confesor que has dado al hombre la libertad. ¿Para qué le sirve, si le has dado tan fuertes pasiones y tan grandes necesidades? Para lo que una gota de agua en un desierto de candente arena; para lo que un timón de frágil caña á una nave combatida por la tempestad; para lo que sirven las manos y los pies á un naufrago en un mar sin riberas.

Tú colocas muchas veces á las prostitutas en la altura y haces que las mujeres honradas se arrastren por el suelo en busca de un pedazo de pan para sus hijos, amasado con sudor y humillaciones.

Tú vistes de púrpura á los tiranos, y de burdo sayal al pueblo trabajador.

Tú das la riqueza á los hombres malvados que roban, y la miseria á los hombres honrados que trabajan.

Tú consientes que muchos de tus sacerdotes vivan en el fausto, en la holganza, en la depravación, haciendo del sacerdocio una industria, y, sin embargo, les autorizas para que perdonen á los demás hombres los pecados que ellos cometen á todas horas.

Tú condenas al hombre por comer carne en viernes; por no ayunar en Cuaresma; por trabajar los domingos; por deleitarse contemplando los atractivos de una mujer hermosa; por no confesar y comulgar, por no creer que tres son uno y uno son tres.

¡Señor, Señor; tus designios son incomprensibles!

¡Yo acato tu santa voluntad, manifestada por boca de tus sacerdotes!

¡Perdona mis raciocinios sugeridos por tu enemigo el diablo, que se complace

en perder á tus criaturas, á vista y paciencia tuya!

¡Yo te prometo cometer de aquí en adelante todos cuantos absurdos se me exijan en tu nombre, para conseguir la gloria eterna! Amén.

Se recomienda esta invocación á los que padezcan del sentido común.

## ¡QUÉ MIEDO!

El Inspector jefe de Vigilancia de Seo de Urgel ha comunicado por telégrafo al gobernador de Lérida haber sido detenido y puesto á disposición del alcalde de aquella ciudad, el presbítero Rdo. D. Armengol Choy, que en la vía pública amenazaba con una pistola á los transeúntes, promoviendo al propio tiempo un fuerte escándalo.

Del hecho se dió cuenta al obispo de la diócesis.

«Presbítero en la calle y con pistola? De seguro que pronto se vió sola.

## Miscelánea

—¿Cómo está el tío Ambrosio?

—Mal, Celipe; ahora mesmamente le están *ayudando* á bien morir.

—¡Ridiós! Mía qué salida de...; Pues si le *ayudan* á que se muera, se morirá antes con antes.

—¿En qué coinciden los curas con los criminales?

—En que no quieren esposas.

—Figúrate á un niño y á un cura ahogándose en un río. ¿Qué harías para realizar en un acto dos obras buenas?

—Salvar al niño.

—Si á los curas los hacen los curas, ¿quién hizo el primer cura?

—El demonio.

Ocho días después de haber sido prohibida por la censura la representación del *Tartufe*, de Molière, se puso en escena una farsa licenciosa intitulada *Scaramunccia remite*, que fué recibida con aplausos. El rey, que había asistido á este espectáculo, dió al salir al gran Condé:

—Quisiera saber por qué los que se han escandalizado de tal modo al ver la comedia de Molière, no dicen nada de la de esta noche.

—Señor—respondió el príncipe—en *Scaramunccia* se ofende á Dios; en el *Tartufe* se ofende á los devotos.

En todos los cuadros que representan el Paraíso, aparece Eva con el pelo muy largo, y Adán con el pelo corto.

De donde se deduce que lo primero que en el mundo se inventó fueron las tijeras.

Un turista pregunta en Burgos á un canónigo.

¿Me hace usted el favor de indicarme el camino para la catedral?

Con mucho gusto. Vaya usted por esta calle y saldrá usted á una plaza. En esa plaza hay una taberna. Enfrente de la taberna está la Catedral.

## Bibliografía

*La gracia del pueblo* (colección de cuentos humorísticos) por Juan Barranco.

Con sencillez, naturalidad y gracia propia, que el autor relega en el pueblo, desarrolla en forma de breves cuentos ó narraciones la acción á que puede dar lugar un refán conocido, una frase proverbial cualquiera, ya que con la mas sencilla irase ensarta y emperegila el más alegre chascarrillo popular.

*La gracia del pueblo* forma un primoroso volumen, editado por la Casa Maucici de Barcelona, y esta muy bien ilustrado por el chispeante profesional de la caricatura, D. Ernesto Donaz.

Precio de la obra UNA peseta.

## EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en este periódico con el 25 por 100 de rebaja.

## Libros en venta

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Historia de la prostitución

en España y América

QUINCE pesetas en rústica

Quedan ocho ejemplares. Paralos suscriptores de EL MOTIN 25 por 100 de rebaja.

Para recibirla franca de porte, y certificada, añadir 50 céntimos.

Los ejemplares que había de la *Historia del partido republicano español*, se han agotado.

CIEN SONETOS.

1 PESETA

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID